

## 26° Capítulo del Abad General M-G. Lepori OCist para el CFM – 25.09.2014

Llegamos al último Capítulo. Hemos seguido un hilo que no terminaremos nunca de profundizar. Parecido a lo que dice san Benito al final de la Regla, a propósito de la misma Regla (RB 73,8), soy consciente que estos Capítulos, como todo lo que digo y escribo, no son más que un mínimo, tanto para iniciar un camino como para despertar la conciencia. Cuanto más avanzo en mi ministerio pastoral más comprendo que lo máximo que podemos hacer para mejorar la vida de nuestras comunidades y de cada persona, comenzando por nosotros mismos, es arrojar las semillas que el “Señor de la mies” pone en nuestras manos. Las pone en nuestras manos no para comerlas como pequeñas avellanas, sino para arrojarlas enseguida sobre la tierra. En la parábola del sembrador parece como que el sembrador no es responsable del terreno. Él no ha preparado el campo. Aún más, parece casi que las semillas las arroja sin mirar dónde van. Las echa al viento y no se sabe si terminarán sobre el camino, sobre el terreno pedregoso, entre zarzas, o sobre la tierra buena (cfr. Mc 4,3-8). Ciertamente, el sembrador lleva en el corazón el deseo y la petición de que las semillas terminen todas en la tierra buena, pero es como si no tuviera el derecho de pensar en esto, como si su señor estuviera un poco loco y le pida arrojarlas sin mirar... Entonces, el sembrador espera y reza para que el viento lleve las semillas al lugar justo, que las haga aterrizar él en un buen terreno. Por esto rezamos siempre al Espíritu Santo.

Pero quizá Jesús ha querido también aludir a la bondad del Padre que siembra al Verbo, el don del Hijo, el Evangelio, para todos, en todas partes. Quizá el Padre quiere que la semilla llegue también a la calle, entre las piedras, entre las zarzas, porque también allí Él quiere que la semilla dé fruto. En efecto, el Hijo Lo ha enviado a todos; y cuando ha venido, el terreno pedregoso y lleno de zarzas de los paganos, Lo ha acogido mejor que el terreno preparado y arado durante siglos, que era el pueblo elegido. También las parábolas del banquete nupcial nos enseñan que los invitados que el Padre había previsto y preparado no han venido, y entonces la sala de bodas se llena de gente que jamás habría esperado ser invitada a las bodas del Hijo del Rey (cfr. Lc 14,16-24).

Por lo tanto, también estos Capítulos he intentado arrojarlos al viento de Dios y solo Él sabe y podrá llevarlos a dar algún fruto. El único deseo es que sirvan, al menos un poco, para hacernos más sensibles a la sustancia de nuestra vocación, que es la sustancia de la vida humana: la gracia que se nos ofrece sin medida para poder **vivir en Cristo para todos**; la gracia de poder vivir todo en una comunión de corazón con el Señor, que haga de cada aspecto y circunstancia de la vida una novedad inagotable para nosotros y para el mundo.

La mística de la vida en Cristo es la sustancia de toda la vida religiosa, de la vida cristiana. Y es importante cultivarla y llamarnos para ella, porque hoy más que nunca es más grande el peligro de vivir nuestra vocación como una forma sin contenido.

Es un peligro que amenaza toda generación, desde siempre. Pero que amenaza mucho a las nuevas generaciones, formadas por la cultura de la imagen, de la virtualidad, de la comunicación sin relaciones, del hedonismo; y con escasa experiencia comunitaria en familia y en la sociedad, con una gran indeterminación de relaciones generacionales. El fariseísmo, por lo tanto, ha acompañado y acompaña toda la historia de la Iglesia, desde los tiempos de Jesús, así como la cizaña se mezcla siempre con el grano bueno. Quizá toma nuevas formas, pero permanece siempre formal.

San Pablo, escribiendo a Timoteo expresa este problema de un modo perfecto. Está hablando del decaimiento humano al final de los tiempos, y hace una lista de todos los vicios. Después, en cierto momento, define el tipo de religiosidad que vendrá a dominar. Dice: “Es gente que tiene una religiosidad solo en apariencia, pero que desprecia su fuerza interior” (2 Tm 3,5). Literalmente se podría traducir: “Tienen forma de piedad, pero reniegan de su fuerza interior – ἔχοντες μὴ μορφωσιν εὐσεβείας τὴν δὲ δύναμιν αὐτῆς ἠρνημένοι – *habentes speciem quidem pietatis, virtutem autem eius abnegantes*”.

La fuerza de la piedad, la *dynamis* de la piedad, es precisamente una fuerza que viene de dentro, una fuerza interior. Es esto lo que brota en nosotros cuando nuestro corazón pone en primer lugar la mística, es decir, la vida en Cristo, el amor de Cristo. Recordad que los primeros Cistercienses querían “vivir con piedad en Cristo” (2 Tm 3,12), por lo tanto, renunciaban a todo para dar valor a la piedad y a su fuerza interior, a su sustancia.

San Pablo nos recuerda que una piedad de forma, una piedad formal “morfológica”, exterior, no tiene sustancia, no es viva, y no es fuente de vida. Y no es “fuerza - *dynamis*”, es decir, no sirve para nada, no mueve nada, no genera nada, no es creativa.

La vida monástica conlleva muchas formas de piedad; ella misma es una forma de piedad, de religiosidad. Pero es forma de vida solo si la forma está al servicio de una vitalidad interior e irradiante, solo si la forma educa a la sustancia. Las formas de vida y piedad cristianas no deben ser cáscaras de moluscos, sino esqueletos de mamíferos...

Intentemos ser sensibles y estar vigilantes sobre esto, porque si vivimos nuestra vocación como piedad formal, antes o después nos encontraremos vacíos, áridos, estériles, y muy tristes. Por esto es por lo que muchos abandonan la vocación, o, ¡peor aún!, siguen fieles solo a la forma pero interiormente buscan siempre fugas y compensaciones.

Entendámonos: somos y seremos siempre incoherentes con respecto a la vocación de corresponder al amor de Cristo, y Cristo sabe que ha llamado consigo a pobres pecadores. ¡Pero al menos seguimos humildes! ¡No transformamos las formas que se nos dan para educar y sostener y convertir nuestra fragilidad en uniformes de soldados victoriosos que entran en Roma bajo el arco del triunfo!

Pensar que la piedad formal es suficiente, que exprese todo lo que agrada al Señor, es un grave error, porque nos jugamos la vida. Es el error de los fariseos que Jesús ha condenado tanto. Por esto, durante esta serie de Capítulos, he buscado insistir hasta aburrirlos sobre la relación sponsal con el Señor que debería y podría animar todo, que es la sustancia de todas las formas cristianas, que es el Sopro divino, que puede volver a la vida a todos los huesos secos esparcidos en el valle de la muerte descrito por Ezequiel (37,1-14).

Pensemos de nuevo en el encuentro de Jesús con el joven rico. Era un joven muy religioso, que observaba todos los mandamientos. Pero sentía que aquella observancia formal comenzaba a dejarlo árido y vacío. Era una observancia con el fin en sí misma, y no vivida por amor a Alguien. Jesús le propone un soplo de vida que podría animar todo en él, incluso su observancia formal de los mandamientos. No es tanto la exigencia de dejar todas las riquezas, que es importante, porque esto Jesús se lo pedía solo para “dar espacio” en su corazón y en su vida a una riqueza más grande. El soplo de vida que Jesús ofrece al joven es su mirada de amor eterno, que le ofrece y pide una comunión de corazón para siempre: “Entonces, Jesús fijó su mirada en él, lo amó y le dijo: «Una sola cosa te falta: ve, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y después ¡Ven y sígueme!»” (Mc 10,21). Es como si Jesús le dijese: “Mira cuánto te amo, y por esto deseo la plenitud de tu vida, de tu corazón, que no te falte lo esencial, la sustancia de la vida y de la piedad! ¡Deja todo y toma todo! ¡Ven conmigo! ¡Permanece unido a mí para siempre!”

El joven rechaza el soplo de la vida y vuelve a su piedad formal, vacía, árida, estéril y triste.

Esto es lo que he tratado de meditar con vosotros durante este mes, este es el soplo de vida nueva que viene solo del Corazón de Cristo y que reclama nuestro corazón, que viene de la mirada de Cristo y reclama nuestra mirada. Porque es solo este soplo de vida el que llena de sustancia vital la forma de nuestra vocación, como ha llenado de vida la forma del cuerpo de Adán modelada de la tierra. La mística sponsal cristiana es el alma de nuestra piedad religiosa.

En las semanas pasadas he visitado muchas veces la hermosísima basílica de san Cosme y Damián. Es una iglesia poco vistosa, porque se pierde en medio de las ruinas de los Foros Romanos, y en el año 1947 han quitado la fachada y desplazado la entrada. En el ábside de esta basílica hay un estupendo mosaico del siglo sexto, contemporáneo de san Benito, con el Cristo glorioso en el centro, Pedro y Pablo, Cosme y Damián y otros santos. En el tambor inferior están representados los Apóstoles bajo la forma de 12 ovejas que se fijan en el centro, Jesucristo, representado como Cordero místico, en pie, sobre una roca de la que brotan los 4 ríos Pison, Ghicon, Tigris y Eufrates, que en el Génesis (2,11-14) manan del Edén para correr hacia los cuatro puntos cardinales. El cordero está, por lo tanto, como en el centro del mundo, y de Él manan las aguas vivas de la nueva creación, las aguas vivas de los sacramentos, del Evangelio, de la gracia. El Cordero es la única fuente de los cuatro ríos que dan vida al desierto del mundo.

En el Apocalipsis se proclama la bienaventuranza de quien es invitado a las bodas del Cordero:

“Y oí el ruido de muchedumbre inmensa y como el ruido de grandes aguas y como el fragor de fuertes truenos. Y decían:

«¡Aleluya! Porque ha establecido su reinado el Señor, nuestro Dios Todopoderoso.

Alegrémonos y regocijémonos y démosle gloria,

porque han llegado las bodas del Cordero,

y su Esposa se ha engalanado

y se le ha concedido vestirse de lino deslumbrante de blancura

– el lino son las buenas

acciones de los santos –»

Luego me dice:

«Escribe: Dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero»” (Ap 19,6-9)

La Biblia y la Revelación se cumplen en esta invitación a las bodas con el Cordero místico. La última página del Apocalipsis es como una vuelta al Cantar de los Cantares en el que la esposa y el Esposo desean y se prometen el encuentro nupcial: “El Espíritu y la esposa dicen: «¡Ven!» Quien lo oiga diga: «¡Ven!». Quien tenga sed, que venga; quien lo desee, que tome gratuitamente el agua de la vida (...) El que da testimonio dice: «Sí, yo vengo pronto!»” (Ap 22,17.20).

Toda la vida cristiana es una invitación a las bodas, una invitación a unirse al Esposo, a Jesucristo. Esta es la sustancia de todas las formas de piedad. Sin comunión con Cristo, todo se convierte como en una gran celebración de bodas sin presencia de los esposos. Cristo ha venido para llenar toda la experiencia humana de la plenitud del encuentro y de la comunión con Él. La mística cristiana es esto.

Como en las bodas de Caná: lo que es humano, se convierte en experiencia divina. En los banquetes de bodas era el esposo el responsable del vino. En efecto, aquel que dirigía el banquete llama al esposo para lamentarse del hecho de que ha servido el vino peor antes que el mejor (Jn 2,9-10). Proporcionando Él el vino para las bodas, es como si Jesús tomase el puesto del esposo, Él mismo se convierte en el Esposo de las bodas. Así las bodas del hombre se convierten en las bodas de Dios, las bodas con Dios. Y es María, tanto en Caná como junto a la Cruz, la que llama la atención de Dios y de la humanidad (de los servidores) de que la hora de las bodas del Cordero ha llegado ya, que es un milagro, que pide nuestra fe y obediencia, que es una experiencia de plenitud y alegría sin medida.

El Cordero místico del ábside de la basílica de los Santos Cosme y Damián no me ha impresionado por la roca, o los cuatro ríos, u otras cosas. Me ha impresionado su mirada. Si tenéis tiempo id a verlo. Es un Cordero que se fija uno a uno en quien lo mira. Una mirada llena de ternura y de deseo. Parece casi que surcos de lágrimas descienden de sus ojos.

"Jesús fijó la mirada en él y lo amó..." (Mc 10,21).

Nuestra mirada a Cristo será siempre infiel e inconstante. Pero la Suya permanecerá siempre encendida sobre nosotros, su mirada correrá siempre hacia nosotros como un río de ternura, y podremos volver siempre a comenzar de ahí, respondiendo con "una sola de nuestras miradas", para vivir con fe y ardor la vida nueva en Él y para todos.



---

El final del Curso es también un momento de agradecimiento, principalmente a Dios, pero también a todos aquellos que han consagrado tiempo, fatiga y trabajos por su buen desarrollo. Estoy agradecidísimo a Agnese, a P. Lluc, a P. Mainrado, a Piotr, a las Hermanas Hijas del Corazón de María en la cocina y lavandería, a todos los profesores, especialmente a Salvatore por su guía cultural; a los traductores, especialmente de nuestra Orden, que se han puesto generosamente a disposición, y a sus comunidades que nos los han prestado renunciando a su presencia: Sr. Aline, Fr. Francesco, P. John, Madre Matilde, Madre Eugenia, Sor Marina; además de las cuatro óptimas traductoras de mis Capítulos que desde hace semanas han trabajado y sudado diariamente para esto: Madre Eugenia, Annemarie, Eileen y Sr. Michaela. Agradecemos a los que se han dedicado a la Liturgia: P. Mainrado, P. Galgano, Fr. Agostino, Don Gerardo. Y estamos agradecidos los unos a los otros por los servicios que nos hemos prestado mutuamente, contribuyendo al clima de fraternidad, de oración, de escucha y silencio, durante este Curso. 28 de vosotros habéis terminado el Trienio este año. La experiencia del Curso ha creado lazos de amistad que permanecerán aunque no os veáis, y darán fuerza a la comunión de la familia monástica en el mundo entero, en la Iglesia y para el mundo. ¡Gracias a Dios por todo y por todos!